

Salou

Cinco cuentos
en llamas de
Jorge de
Cascante



Clavelito

Siendo niño sentía dentro de mí una maldad que ya no siento. En el colegio me pegaba con otros niños, lanzaba muñecos de plástico duro contra sus cabezas, villanos de He-Man, G.I. Joes, en el patio se libraban guerras con piedras afiladas. Una vez un chico mayor me dio un empujón en el patio y subí a clase, volví a bajar y le clavé un compás en el hombro. Cruzaba el pasillo de mi casa y tenía ganas de quemar cosas, folios Galgo, periódicos, lo que fuera, robaba un mechero a mi madre y quemaba unas bolas de papel higiénico en el lavabo, miraba cómo ardían y pensaba «si esto no es bonito, no sé qué es bonito». Mi abuela ponía límites a mi maldad, sabía llevarme por el buen camino porque comprendía ese impulso que los dos llevábamos dentro. ¿Has visto un dibujo de un cerebro con Alzheimer? Parece una palmerita de chocolate mordisqueada por diez mapaches.

Una noche, cuando tenía cuatro años, fui al cuarto de mi abuela a ver una película de dibujos animados que se llamaba *Fievel y el nuevo mundo*, trataba de un ratón ruso que se muda-

ba a vivir a Estados Unidos y por el camino le pasaba de todo. Mi abuela se durmió a los veinte minutos de empezar la peli. Dos horas más tarde, recién terminada la de Fievel, empezó la segunda película de la sesión continua: *Poltergeist*. Nunca antes había pasado tanto miedo, no entendía nada, sólo me quedaba claro que la tele podía tragarse humanos pequeños como yo. Sufrí por encima de todo con la escena en el baño, cuando al hombre se le empieza a abrir la cara y se rasca en la herida y se le va abriendo toda la piel, cae su carne al lavabo a cachos y enseña el esqueleto, recuerdo sus ojos vivos en esa calavera llena de sangre y sigo siendo ese niño arropado frente al horror. A mitad de la historia mi abuela despertó, se dio cuenta de lo que pasaba —mi cara pálida, el tembleque, mirada de pánico—, apagó la tele, se encendió un Winston, sonrió y me dijo «no se lo vamos a contar a nadie, queda entre tú y yo». Y no se lo he contado a nadie hasta hoy. Al principio del Alzheimer el paciente sufre pérdidas de memoria a corto plazo, desorientación y una reducción progresiva del vocabulario.

En otra ocasión iba yo por la calle montando en mi bici con ruedines paseando junto a mi abuela y ella se despistó hablando con una vecina en el portal de nuestra casa. Aproveché la oportunidad y me puse a pedalear como un descosido, huyendo de ella y del mundo entero. Mi abuela se dio cuenta a los diez segundos y arrancó a perseguirme. Pasé por delante de una gitana que vendía flores y la gitana me gritó «¡Clavelito! ¡Ven acá, clavelito!» Pensé que era una bruja, menudo miedo me dio. Mi abuela gritaba mi nombre a mis espaldas. Tras veinte segundos de frenesí me detuve frente a la armería que había a la vuelta de la esquina y contemplé las ballestas, los cuchillos y las pistolas automáticas hasta que mi abuela me derribó con un placaje y, estando los dos en el suelo, se rio y dijo «Pa clavelito el mío...»

Al final del Alzheimer el paciente requiere de atención per-

manente, olvida su nombre y deja de sonreír. Los músculos de la cara que trabajan para dar forma a la sonrisa ya no responden. *No se lo vamos a contar a nadie, queda entre tú y yo.* El paciente deja de sonreír cuando apenas le quedan unos meses de vida. La sonrisa es lo último que se pierde.

Salou

A la chica le ha dicho su madre que tiene que sonreír si no quiere pasarlo mal en el viaje de fin de curso. «Sonríe mucho y nadie se meterá contigo». El plan no está funcionando. A la ida, en el autobús, las chicas se sientan delante y los chicos al fondo. Se van pasando mensajes escritos en hojas de cuaderno con dibujos de corazones, logos de grupos, logos de marcas, gatitos, retratos del profe de gimnasia mega musculado. Primero de BUP al completo, como una horda de murciélagos cegados por la luz del día. Ella se queda en el primer asiento, entre el profesor de gimnasia y la profesora de dibujo técnico, una mujer afilada.

—¡Cataluña! ¿No es emocionante? —dice la profesora.

Los árboles pasan rápido al otro lado de la ventana, de vez en cuando hay vacas en los campos y personas que saludan al bus pitando desde los coches. A distancia intuye cómo sus compañeras hablan entre dientes sobre ella, criticándola. Tiran bolitas de papel, pegan patadas contra el respaldo, la profesora no se da cuenta. La cinta del walkman viene con Smashing

Pumpkins por una cara y Ace of Base por la otra, se la grabó su primo en invierno y la chica la escucha todo el rato. Lleva en la mochila otra cinta con las dos caras a reventar de OBK. Smashing Pumpkins y OBK y Smashing Pumpkins todo el rato. Durante el resto de su vida su recuerdo de 1996 será el de un año entero escuchando la canción «1979» en una habitación a oscuras.

El parque temático Port Aventura se inauguró hace tres semanas. Llevan flipando desde diciembre, cuando se enteraron del destino del viaje. El hotel que les han reservado está en Salou. A la chica le toca compartir habitación con tres amigas suyas de clase a las que conoce desde preescolar. Las tres rubias, una grande, una pequeña y otra con la cara explotada de pecas.

—Las atracciones son todas nuevas. No las han probado y pueden fallar, te puedes caer, ¿sabes? Te caes y te quedas paralytic total —dice la de las pecas.

—Como en el pulpo mecánico de la Casa de Campo, que una de mi barrio salió volando y se partió el cuello —dice la rubia pequeña.

La chica dice que no le importa pero está muerta de miedo. Si su madre no se hubiera puesto chula, ella se habría quedado en Madrid haciendo collages, cortándose los dedos con los folios.

El baño del hotel no tiene pestillo. Años más tarde viajará a Praga con su marido y al ver que en el baño del hotel tampoco hay pestillo sentirá cómo un escalofrío atravesará su espina dorsal. Las tres rubias se asoman al balcón del quinto piso con el pelo mojado colgando sobre la nada y escupen sobre la piscina olímpica. La primera noche la pasan bebiendo Sprite sentadas en las camas hablando de los chicos que les gustan.

—¿Pero a ti te gustan los chicos de verdad? —le pregunta una.

La noche pasa limpia. La luna desaparece como una liebre nerviosa entrando en su madriguera.

El primer día en el parque de atracciones no puede salir peor. A primera hora, ya en el recinto y con ojeras, los profesores dejan a los alumnos a su suerte y cada cual se va por su lado. La chica se adoba a las tres rubias, las tres andando deprisa entre los ficus falsos intentando perderla de vista. Se suben a un tren con caídas libres en la zona del Far West y, al bajarse, la rubia grande vomita el desayuno encima de un cactus con espinas de plástico. Tres magdalenas de La Bella Easo directas al suelo. La chica la consuela mientras las otras dos pasan por completo y se acercan a un puesto a comprar cocacolas a doscientas pelás.

—Siempre estás tan blanca, tía, todo el año —le dice la rubia con los ojos llorosos—. ¿Es que a ti nunca te da el sol?

Port Aventura está lleno de calor y de chicles secos pegados al cemento, parece mentira la cantidad de chicles que ha logrado pegar la gente en las tres semanas desde la inauguración. La montaña rusa más grande del mundo se llama Dragon Khan y está en la zona china del parque, con jarrones chinos y arroces chinos y todo lo chino decorándola. Las rubias quieren subir al Dragon Khan, pero la chica no se atreve.

—¿Y si nos caemos...? —dice la chica en voz baja.

—Es verdad, igual nos damos una hostia y nos quedamos como tú, esquizofrenic perdidas —dice la de las pecas.

Se ríen en su cara, la dejan atrás. La chica solloza un poco estilo bebé de ocho meses sin que nadie la vea y regresa a la entrada del parque. Se sienta en el suelo hasta el toque de queda de las seis de la tarde, cuando empiezan a volver los demás. Podrían marcharse sin ella y nadie se daría cuenta. Horas y horas en silencio, como una persona vestida de negro esperando el metro en agosto, como su padre cuando se afeitaba con la Gillette y decía «ay, ay» aunque no se cortase. En la entrada del

hotel las rubias la persiguen, tomándola el pelo, la llaman Blanquita, por la parapléjica de Heidi, y la van empujando hasta el ascensor.

—Te vas a caer del Dragon Khan y no vas a volver a caminar en la vida —dice la rubia pequeña.

Sola en el ascensor, la chica piensa que la parapléjica de Heidi se llamaba Clarita, no Blanquita. Blanquita era la oveja.

Pasada la una de la madrugada, entre varios chicos y chicas sacan del cuarto su colchón con ella encima dando por hecho que está dormida. Lo bajan hasta el jardín. Algunos quieren tirarlo a la piscina, pero al final lo dejan al borde, esparcen sobre su cuerpo hielos robados del minibar y esperan en silencio a que la chica despierte para ver si se cae al agua. Finge seguir dormida con el corazón latiendo como si se hubiera tragado un pájaro carpintero hasta que al fin la turba se cansa y sus compañeros se giran camino de sus habitaciones. Esa noche duerme al aire libre, con la luna y los insectos, una herida abierta en el pecho. Por la mañana la despierta el socorrista dándole unos golpecitos en la frente con el palo de una sombrilla, por si acaso está muerta.

El segundo día en Port Aventura lo pasa sola de principio a fin. Primero intenta pegarse al culo de la profesora de dibujo técnico, pero la señora le dice que no puede ser, que su madre ha pagado mucho dinero para que se lo pase lo mejor posible y que tiene que divertirse con las demás niñas. En una tienda de recuerdos chinos falsotes roba un mechero y se dedica a ir quemando cada papelajo que se encuentra por el parque. Descubre a la profesora de dibujo dándole un pico al profe de gimnasia detrás de un chiringuito. Con determinación juvenil atraviesa piaras de gente, como la punta de una flecha, manteniendo la calma.

Su madre le dice siempre que la clave de todo está en la respiración. «Si respiras de la manera adecuada no hay emoción

que pueda contigo, cuentas hacia atrás de cien a cero y respiras por la nariz y echas el aire por la boca. Utiliza tu diafragma, no hay emoción demasiado fuerte, la felicidad tiene que venir de dentro de ti, no puedes esperar a que las otras personas te la traigan».

La chica se monta en una atracción que se llama Tutuki Splash. Consiste en una balsa que sube por unas rocas y acaba cayendo en un lago de agua oscura casi del color de la sangre coagulada, salpicando a la gente. Vislumbra a sus tres rubias de lejos chupando tres polos de lima con el pelo largo al viento. Quema con el mechero un sobre de azúcar vacío, lo tira a una papelera con forma de sombrero de cowboy, la papelera entera estalla en llamas. Contempla desde la barandilla el lago grande de Port Aventura y se imagina buceando hasta el fondo entre bolsas de Ruffles y chanclas perdidas, con el tubo del oxígeno en la espalda, encontrando un tesoro de hace mil años y sobrecogiéndose ante la belleza inédita, como la primera vez que ves un mono pequeño en la tele.

En el restorán en el que come —Antonio's Grill & Cheese— tienen una pantallota encendida en la que, con tono de fiesta, se van explicando las maravillas del parque. Una camarera con un moratón grande en el muslo le dice que no les queda Sprite pero que le puede poner una cerveza sin alcohol si no se lo dice a nadie. Pincha el escalope y las patatas con el cuchillo y mastica con fuerza mientras la voz del narrador sigue a lo suyo. «En lo más profundo del cañón, entre escarpados acantilados, florece un oasis verde lleno de aves del paraíso que lo sobrevuelan. Un oasis sólo disponible para los ojos del explorador más osado». Estas palabras no se le olvidarán jamás. Cuando sea mayor las escribirá en un cuento.

La profesora de dibujo técnico, el profesor de gimnasia y la conductora de la ruta bajan al pueblo a jugarse la paga extra en un bingo y permiten que la juventud recorra las calles de Salou

en libertad. Es el último día del viaje. El cielo está gris pero el calor sigue planeando sobre Tarragona. Van unos cuantos a unos billares, la chica siguiéndoles con pasos cortos, un poco más atrás que el resto. Enfrente de los billares hay una playa sin gente. El agua del mar no se puede beber pero es preciosa y le hace pensar en los anuncios de Pato W.C., el líquido turquesa ese que se usa para limpiar los váteres, que también es muy bonito y también se lo quiere beber siempre que lo contempla. En cada rincón de Salou hay turistas alemanes, italianos, franceses, familias de alguna parte de Holanda con niños pelirrojos con mullet y un solo pendiente con forma de cruz colgando de la oreja. Primero de BUP al completo inunda la sala de billares: ellos juegan, ellas miran cómo ellos juegan. A la chica le dan asco todos, ha decidido despreciarles el doble de lo que la desprecian a ella. Toda esa tensión acumulada. Se pide un zumo de tomate y se sienta frente a la barra. Se gira, descubre un teléfono de pago y decide llamar a Chamberí para hablar con su madre. Se siente una borracha de cincuenta años que echa de menos un hogar que ya no existe.

—¿Te estás divirtiendo mucho, hija? —dice su madre.

La chica aguanta las ganas de llorar y de quejarse de la vida que le ha tocado, y responde que sí.

—¿Pero te lo estás pasando bien de verdad? ¿De verdad de la buena? —insiste su madre.

Se ve a sí misma protagonista de un telefilme basado en hechos reales, en una escena en la que demuestra una fuerza inesperada y sorprende a la audiencia (que se tapa la boca en bloque), pintando en su personaje un nuevo matiz de complejidad. Al colgar el teléfono, da un manotazo sin querer al vaso de zumo y lo tira. El suelo queda perdido de zumo de tomate. ¿Hay algún paciente que logre descansar en el sillón del dentista?

Aquella noche se junta la clase entera en la discoteca del hotel, profesores incluidos. A la bola de cristal del techo le fal-

tan varios cachos, hay luces de seis colores, el suelo está pegajoso, las paredes están pegajosas, parece que bailan dentro de un tarro de miel gigante. La chica está de pie pegada contra una pared con una lata de Kas Naranja sin abrir en la mano y en un dedo una tirita. En la otra punta, sus tres amigas rubias beben mosto con pajita y simulan que hablan con los adolescentes alemanes.

La chica está concentrada. Lleva tres cuartos de hora cruzando miradas con un adolescente rapado con bigotillo y unos ojos increíbles. No tiene duda, se trata de amor. Si tuvieran hijos nacerían calvos y serían idénticos a su padre desde el primer día. El chico lleva una camiseta en la que se lee «The Pope Smokes Dope» debajo de una foto del papa Juan Pablo II fumándose un porro y cuando la chica le mira a los ojos respira más lento, como si el aire le hiciera daño al entrar en los pulmones. Al rato él se acerca a ella y pregunta en inglés que por qué no se bebe el Kas, si está muy bueno, que él lo ha probado, lo conoce y le encanta, le encanta el Kas y le da pena no encontrarlo nunca en su pueblo de Francia. Tiene un arañazo en la cara y una uña en carne viva, ojos negros que no se acaban nunca. Ella le dice que el verano pasado viajó a Futuroscope con su madre y no paró de beber Orangina, que en su caso le da pena no encontrarla en España, es su bebida preferida.

—I am sick of Orangina —dice el francés.

Apoya el antebrazo contra la pared y se inclina hacia ella. Se besan. Las rubias contemplan el panorama desde otro planeta, señalando con sus dedos extraterrestres, igual que esos viejos de las panaderías que se enfadan por la subida de los precios y no parecen entender que a nadie le importa ya si están solos por completo en este mundo incierto.

De vuelta a casa, en el autobús, la chica escucha a los Smashing Pumpkins diciendo muchas veces seguidas que los años queman y que nunca hay nadie, nadie, nadie a tu alrededor.

«Qué bien cuando no piensas y sólo sientes», piensa la chica. Las mismas vacas de la ida vuelven a cruzar por delante de su mirada, tras el cristal.

Cuando lleguen a Madrid bajará del bus, no se despedirá de nadie y ya no habrá más clases hasta que llegue septiembre. Subirá al coche de su madre y se irán las dos juntas a pasar el verano a Hondarribia, para ver a la familia de su padre. Cuando se estén alejando en el coche, ella mirará hacia atrás y verá cómo, con la distancia, sus tres compañeras rubias se van haciendo más y más pequeñas. Tan pequeñas que podría cerrar la mano en un puño sobre ellas, abrazándolas por última vez.

Ha nacido un gitanito

Han pasado diez años pero ya no hay que esperar más. Nacho Cano ha vuelto a grabar una canción. Cadena 100 y Red Bull Energy Drink te traen aquí y ahora su nuevo tema: “Ha Nacido Un Gitanito”.

—Nacho, ¿qué podemos esperar de Ha Nacido Un Gitanito?

—La verdad yo... el proceso ha sido muy bonito, ha sido... es muy bestia grabar una canción como ésta, ¿entiendes? La voz de Malú la verdad que ha sido... es importante, pero bueno... pero creo que yo además es que he estado sembrando.

—¿Por qué Malú?

—Yo soy así. Y entonces yo tengo una deformación que es ver... estar viendo, no sé, constantemente pues quién canta bien en este país y Malú dentro de la gente que canta bien es de las primeras y yo he vendido muchos millones de discos, ¿verdad? Así que tengo un poquito de criterio. Creo.

—Es una obviedad.

—Malú canta muy bien. Hace falta estar loco para no verlo. Hace falta ser un auténtico hijo de puta.

—¿Ya os conocíais antes de grabar Ha Nacido Un Gitanito?

—Malú y yo nos conocíamos porque cuando ella empezó grabó su primer disco en un estudio que yo tenía. El estudio estaba debajo de mi casa y yo la escuchaba cantar “Me has enseñado túuu” y decía joder, ¿no? Joder. Me cago en la hostia qué bien canta esta cerda, esta hija de la gran puta.

—Dios mío.

—La canción se la propusimos primero a Ana Torroja y Ana dijo que no y yo llamé a Ana y le dije “¿Pero cómo has dicho que no, gilipollas? Eres gilipollas, ¡hija de puta!” ¡Ja, ja, ja! La verdad es que me río de todo.

—Durante mucho tiempo se te consideró l'enfant terrible de Mecano.

—Mido un metro setenta y dos. Si eso es ser un puto enano que baje Dios y lo vea.

—No, no. Por favor. Quiero decir que...

—La fórmula del pop se agotó hace décadas. Imposible seguir innovando con sólo siete notas. Yo necesito más notas. Escribir música es como follar, si la otra persona no grita de dolor cuando te la follas es que algo estás haciendo mal. ¿Cuál era la pregunta?

—Tu etapa en Mecano. ¿Momentos más brillantes, momentos más aciagos?

—Hay una frase de Spielberg muy buena. Spielberg dice que él pone la lágrima en el ojo del actor y John Williams se encarga de que la lágrima caiga. John Williams es el compositor de sus bandas sonoras, lo explico porque mucha gente en España no sabrá quién es. Es una frase que habla de la magia de la música. En cierta forma los músicos somos magos. Mecano éramos tres pequeños magos. Tres grandes genios. Y decidi-

mos unir nuestras fuerzas. Eso es algo tan taaan único que no creo que se repita en mil años.

—Háblanos de...

—Mira, quiero aprovechar para decir que lo he pasado mal, ¿vale? Lo he pasado muy mal pero aquí estoy. No van a enterrarme. Mi hermano José María es un hijo de puta. Los de la discográfica son unos hijos de puta. No van a enterrarme jamás. Estoy vivo, ¿comprendes? ¡Estoy vivo!

—Pero miremos hacia el futuro, miremos hacia Ha Nacido Un Gitanito.

—Todo el mundo tiene un precio, ¿de acuerdo?

—Está siendo un éxito absoluto en Francia.

—¿Piensas que me importa? ¿Quién te has creído que soy? ¿Un don nadie? El dinero no significa prácticamente nada para mí.

—Nacho, yo...

—¿Quieres saber por qué he venido a la radio disfrazado de Charlot?

—¿Por qué?

—Porque puedo.

Música industrial para gente industrial

Una vecina mía que vive en el sexto piso intentó suicidarse hace meses. Yo no tenía ni idea, vivo en el décimo, me lo dijo la novia del portero. La señora se intentó suicidar tirándose desde el balcón, pero rebotó en un toldo, luego en otro toldo, y al final cayó en la rosaleda. Se rompió la cadera y se clavó las espinas de las rosas. A los dos meses ya estaba de vuelta en su apartamento. Al poco tiempo colocó una corona de flores en el balcón y cuando el portero subió a preguntarle qué significaba ese gesto le respondió que ella sentía que había muerto aquella noche y ahora estaba viviendo una nueva vida. Había vuelto a nacer en la rosaleda y la corona de espinas se la dedicaba con amor a la mujer que murió allí mismo en un charco de sangre. El portero le dijo que tenía que quitarla porque todos los balcones tenían que estar impolutos de acuerdo con la normativa vigente. La vecina le dijo que había banderas de España colgando de varios balcones y en Navidad algunas personas ponían muñecos de Papá Noel que parecía que trepaban hacia

sus ventanas como ladrones en la noche. “Esos muñecos nos dan miedo a todos”, le dijo. El portero le dijo que las banderas eran por los sentimientos de la gente anciana y facha y los papasnoeles por las fiestas, pero que las coronas de flores por una muerte imaginaria no estaban en absoluto permitidas en la comunidad. La vecina acabó quitando la corona de flores. A causa de la normativa vigente. Y varias personas le preguntaron por el incidente con el portero pero nadie le preguntó por qué se había querido morir.

En marzo empecé a cruzarme por la escalera con un hombre que llevaba siempre una camiseta de Ministry. Era el hijo de la vecina que se había lanzado por el balcón. Una tarde me lo encontré en la oficina de Correos y charlamos. Me dijo que Ministry era su grupo preferido y sacó él mismo el tema del intento de suicidio de su madre. Me contó que a la mujer le habían dicho en catequesis de pequeña que cuando te llegaba la hora de morir lo sabías porque un ángel aparecía a tu lado y se iba alejando de ti, y entonces tú tenías que seguir al ángel hasta llegar al cielo. Pero el ángel que se le apareció a su madre había decidido salir de casa por el balcón. Desde entonces ella no creía en Dios ni en nada y había empezado a vender mermeladas caseras por Internet. El hijo llevaba unos años viviendo en Boston, trabajaba en un hospital. Había vuelto a Madrid para pasar unas semanas con su madre y asegurarse de que no volvía a intentar nada raro. Me pidió que le recomendase un buen bar de copas y yo le dije que no conocía ninguno. Al despedirse, en el ascensor, me dedicó una especie de saludo militar inventado y dijo “Nos vemos en la otra vida”. Pero se dio cuenta de que se estaba bajando en un piso que no era el suyo y tuvo que volver a entrar en el ascensor, esperar dos pisos más en silencio y volver a salir en el sexto. Al despedirse por segunda vez me dijo “Cuídate mucho por favor” y no lo volví a ver nunca más.

Andoni

El niño pide un tobogán amarillo, un camión de la basura pero de juguete, un póster de la película *El Hobbit: Un viaje inesperado*, un esquijama de Bob Esponja con luces, el móvil Samsung nuevo que graba mejor los vídeos, un puzle de mil piezas que forma un dibujo de su cara, una corbata, un perro, un primo hermano. Un ordenador de la marca Clementoni, un ramo de flores. Un casco de minero dado la vuelta que traiga doscientos euros en monedas metidos. Todas las noches me duermo pensando que voy a despertar con un lápiz clavado en un ojo. ¿Por qué tuvimos que tener al niño? No le gustamos. Huele fatal. Tiene más followers que nosotros dos juntos. De pequeño le compramos en el Zara el babero de los Who pero ahora dice que la música pop le da igual, que él es más de ambient. Con seis añitos era mega payaso, un payasito de traca, ahora no es tan gracioso. No quiere sorpresas, sólo quiere que la fibra óptica tire más rápido. ¿Será por la edad? El verano pasado fuimos a Cangas de Onís por lo de la startup y se pidió un plato hasta arriba de caracoles. «Son tus amigos los animales, ¿no les ves

las antenas?, mírales las antenas, Andoni, tú a tus amigos no te los comes, ¿verdad?» No dejó ni uno. De beber se pidió un Kas Limón. ¿Qué podemos hacer? Nueve años y nos mira cada vez más a los ojos, desafiante, staring at us. Ay, Andoni. Cuando nació era tan rubio que no parecía nuestro.

En unos meses llega la Navidad: esto se nos ha ido de las manos. El niño pide una piscina de bolas Big Monkey, un Joselito de bellota de ocho kilos y medio, un juego de mesa del mago Jorge Blass, un peine de carey, un patinete Monster High de dos ruedas Minnie Mash Up Charm Kitty todo entero de aluminio, un cuchillo japonés para cortar atunes. Nosotros antes nos queríamos, Adela y yo, en la casa de su padre. Nos bañábamos juntos en el lago. Ahora ya no queda nada. «Me has decepcionado», dijo una tarde en nuestro espacio de coworking. El niño exige cocido montañés y dos cocacolas todos los jueves a partir de enero. Es feliz, pero ha echado cuerpo. No eres un padre de verdad hasta que no tienes un niño de noventa kilos. Nuestras familias no lo saben pero estamos mal. Hemos intentado contarle en internet pero no nos atrevemos a destapar toda la verdad y que se haga trending topic. Nos dan miedo las consecuencias. Andoni sabe demasiado. ¿Cómo puede ser esto? Merecemos algo mejor. Separamos los plásticos de los cristales, hacemos cardio por las mañanas, votamos en contra de los partidos de derechas. Puntuamos productos y negocios con cinco estrellas sobre cinco en todo tipo de webs de consumidores. No tiene ningún sentido que la vida no nos vaya estupenda. ¿Qué te pasa, Andoni? Brainstorming, por el amor de Dios. ¿Por qué no nos quieres? ¿Qué podemos hacer? Hijo, por favor. Danos un poco de feedback.